

JEAN MORÉAS

EL VIAJE DE GRECIA

Prólogo, traducción y notas de

JAVIER VELA

EDITORIAL PRE-TEXTOS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Título de la edición original en lengua francesa:

Le Voyage de Grèce

Publicado por Éditions de la Plume, París, 1902

Primera edición: septiembre de 2010

Diseño y maquetación: Pre-Textos

Diseño del logotipo de la colección: Nina Müller

© del prólogo, traducción y notas: Javier Vela, 2010

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2010

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-92913-57-2 • DEPÓSITO LEGAL: S-989-2010

IMPRENTA KADMOS

TIBERGE me dice:

–Finalmente, la guerra nos ha sido declarada.¹

–Por los turcos –constato.

–Pues claro. ¿Acaso te has dejado engañar por los modales de nuestros gobernantes?

–Jamás.

–Nos engañan, puedes estar seguro.

–Malditos sean.

–Sí, malditos sean, porque, en el fondo, ser astuto es ser necio del modo más vil posible.

–Pues si el gobierno griego es astuto, de ello se desprende que es necio, y si es necio, podemos apostar a que no se habrá preparado para la guerra.

–Naturalmente.

–No son buenas noticias para el helenismo.

–¡Pobre helenismo!

–Pagará las consecuencias.

¹ Las alusiones al conflicto armado greco-turco, así como al fenómeno bélico considerado en general, son constantes a lo largo del libro. Estamos en 1897, en una Atenas ciertamente idealizada por el autor, pero no por ello menos sujeta a coordenadas históricas. Desde hacía años, las ambiciones nacionalistas griegas –surgidas a finales del siglo XVIII y difundidas en parte gracias al renacimiento literario que experimentaría el país a partir de su reconocimiento como nación independiente en 1830– habían venido concentrándose en los territorios de Macedonia (localizada al norte de Tesalia) y Creta, bajo dominación otomana desde 1691. Cuando, soliviantados por las continuas masacres a las que era sometida la población cristiana ortodoxa, los cretenses inician su particular revuelta contra Turquía en 1896, Grecia acude en su ayuda. En este contexto de inminente tragedia, que Moréas dramatiza apelando a la ironía, se desarrolla el primer tramo de la obra.

- Y bien caro.
- Tesalia será devastada.
- Eso temo, pero ¡qué importa!
- ¿Que qué importa? Eso sí que es bueno.
- Ante todo, conviene que los individuos, al igual que los pueblos, vivan o perezcan sin faltar a sus principios.
- Estás lleno de misterios.
- Si el helenismo no se guarda bien de la locura, si se desvía de sus principios, corre el riesgo de degradarse.
- ¿Más aún?
- Este país antepone un noble ideal a una buena economía...
- Lo sé, lo sé. De momento, los griegos no tienen que volar como Diceópolis¹ sobre las alas de los tordos y los mirlos: no son lo bastante ricos. Sólo les quedan las tres plumas de Lámaco² y su cara partida. A pesar de las burlas de Aristófanes, siempre he admirado a ese general.
- No digo lo contrario.
- Grecia es como una hidra renaciente y benéfica. Jamás encontrará a Hércules. ¡Grecia...! Hoy los romanos hablan italiano, pero los griegos siempre hablaron griego. Los sabios no logran ponerse de acuerdo al respecto...³ Y lo mismo le

¹ Antropónimo usado como adjetivo por Píndaro, *Píticas*, VIII, 2, y puesto en valor por el comediógrafo griego Aristófanes (Atenas, ca. 444 a. C.-385 a. C.) en *Los acarnienses*.

² En la obra de Aristófanes, Lámaco, general ateniense que tomó parte en la guerra del Peloponeso, aparece como «el terrible, el invencible, el que lleva una Gorgona en el escudo y sobre cuyo casco se agita un triple penacho de plumas».

³ A lo largo del siglo XIX, Grecia fue escenario de verdaderas batallas lingüísticas, de las que se desprendía un conflictivo trasfondo político representado por tres facciones. En primer lugar, el problema de la lengua griega tenía su origen en el «aticismo», movimiento del siglo I a. C. que pretendía emular el esplendor de los escritores y oradores atenienses de la época clásica recurriendo al artificioso método de reproducir el lenguaje de la prosa ática del siglo IV a. C. y que sobrevivió prácticamente invariado hasta la Edad Contemporánea de mano de la erudición y el poder. En el polo opuesto, se encontraba la lengua vulgar o *dimotiki*, que conservaba el dinamismo y la capacidad de asimilación que se admiraba en la antigua, y que había sido el genuino vehículo del helenismo a través de la canción popular, si bien care-

ocurre a un queridísimo amigo mío: es un gran filólogo, que ha cosechado todos los éxitos en la Escuela Normal, y no fue a base de escribir en los periódicos... «¡Hay más cosas en el cielo y sobre la tierra, Horacio, que en toda tu *filología!*»¹

* * *

–He asistido –dice Tiberge– a la sesión nocturna de la Cámara.

–¿Y has visto a Rallis² y a Delyannis?³

–¡He visto la espalda de Rallis y el ojal de la solapa siempre florida de Delyannis! Una espalda excelente, un ojal excelente.

–Hay quien trata a esa espalda de demagoga y a ese ojal de viejo chiflado.

–¡Malas lenguas! Rallis se mostró muy razonable, y Delyannis también. Son patriotas de corazón. No bromeo. Pero son políticos. ¡Ah, ese viejo jabalí de Delyannis! Había que

cía por completo de tradición escrita, literaria o filosófica. La voluntad de conciliación lingüística entre estas dos variedades de la lengua griega dio lugar a una tercera, la *katharévousa*, que, pese a su artificialidad, era más flexible y adaptable que las dos anteriores, por lo que alcanzó una rápida difusión, convirtiéndose pronto en lengua oficial del primer Estado griego. La definitiva unificación de la lengua literaria, como ha explicado Cristián Carandell (1980), se llevó a cabo en el marco de la escuela ateniense en el curso del último cuarto de siglo, gracias a la aportación de un sólido soporte crítico y teórico que dio carta de naturaleza al uso de la lengua demótica como lengua literaria, cerrando así el ciclo de actualización de la literatura griega.

¹ Juega Moréas con los versos de Shakespeare, *Hamlet*, I, V: «*There are more things in heaven and earth, Horatio, / than are dreamt of in your philosophy*».

² Demetrios Rallis (Atenas, 1844-1921) fue un político griego que ocupó el cargo de Ministro de Instrucción Pública (1875) y Justicia (1882). En varias ocasiones fue presidente del Consejo de Ministros, como en 1897, a raíz de la guerra de Creta, y en 1905, tras el asesinato de Delyannis.

³ Tras la caída del rey Otón I en 1862, Theodoros Delyannis (Karlavryta, 1826-Atenas, 1905) ocupó en varias ocasiones la cartera de Asuntos Exteriores. En 1878 preconizó la invasión de Tesalia por el ejército griego. Fue partidario de intervenir en favor de los cretenses sublevados, e insistió en una acción contra Turquía. En 1897 tuvo que dimitir a consecuencia de la desastrosa campaña de Tesalia.

verlo, con su robusta mandíbula, presto a decir verdades como puños.

–Tiene más de setenta años.

–Sí, pero mantener la constancia en las pasiones hace que uno se conserve mejor. Guardemos nuestras costumbres morales o físicas, todo reside ahí. Mira, la otra tarde, observando a este político de catorce lustros, recordé a los viejos maestros de esgrima que tuve ocasión de conocer en París. Llegan llenos de achaques, arrastrando las piernas, pero después, una vez están sobre el escenario... se transforman.

* * *

–Es la Ethnike Hetairía¹ la que ha precipitado los acontecimientos –digo.

Y Tiberge:

–¿Haciendo pasar la frontera a sus bandas armadas? Yo no estoy tan seguro. Ése es sólo el pretexto, pero, si no, los turcos habrían tenido algún otro motivo para declararnos la guerra.

–Se avecina la derrota –digo–, y la gente clamará contra la Ethnike.

–¡Ah siempre hace falta acusar a alguien! –exclama Tiberge–. Acabamos de acusar al gobierno, y acusaremos al Tribunal. ¿Quién sabe? Y, sin embargo, no hay humo sin fuego...

–Circulan muchos rumores acerca de la gestión de la Ethnike Hetairía.

–¡Bah...! Los afiliados a la Ethnike son unos vanidosos y unos inútiles; es más grave... Yo he conocido a uno. Según parece, es tan cornudo como gran patriota, pero eso no hace daño a nadie. Por lo demás, se me antojó un hombre honrado

¹ En septiembre de 1895, un grupo de suboficiales griegos funda la Ethnike Hetairía («Sociedad Nacional»), una elitista y secreta sociedad nacionalista que tendría como principal objetivo la organización militar del país y la liberación de las poblaciones griegas sojuzgadas por los turcos.

y sumamente amable. Quiso ponerme en contacto con algunos de los hombres más notables de entre los armatoles,¹ y oí declaraciones sorprendentes e instructivas. ¿Sabes que a esos muchachos les sienta verdaderamente bien su enagua² blanca y su bonete oscuro de seda bordada? Y si llegado el momento, el momento crucial, se llevan algo al bolsillo, pues bueno, ¡con tal de que luchen valientemente y den en el blanco...!

* * *

—Acabo de ver —dice Tiberge— a tres monjes guerreros, tres muchachos esbeltos y de hermosos cabellos ondulantes. Pero todos los demás voluntarios, ya sean griegos o extranjeros, son igualmente dignos de observar. Lucen un aspecto pintoresco, y su sincero entusiasmo resulta conmovedor. ¡Qué encantadora buena voluntad ponen durante la ejecución de sus maniobras! Tienen lugar al pie del Licabeto,³ en un paraje sublime, como lo son todos aquí. El eco repercute las fanfarrias marciales; las atenienses más hermosas y mejor nacidas, conteniendo sus lágrimas bajo sus largas pestañas, sonríen a los valientes voluntarios: los griegos van vestidos de azul oscuro, la Legión Filohelénica toda de verde y los Garibaldinos,⁴ de rojo como el fuego. Cuando salen de Ate-

¹ Milicia griega de Tesalia que fue instituida a comienzos del siglo XVI por Selim I (1465-1520), sultán del Imperio otomano también conocido como «el Severo» o «el Valiente». Durante la insurrección griega de 1821, los armatoles se unieron a los kleftes («ladrones», considerados como auténticos héroes nacionales en Grecia por su papel decisivo en la resistencia contra la ocupación otomana) para combatir contra los turcos, sirviendo poderosamente a la causa.

² Falda corta, hasta las rodillas, plisada y muy ancha, típica del traje masculino tradicional griego y albanés. La enagua es parte del actual uniforme de gala de los ezvones, los soldados de la guardia presidencial griega.

³ Las mejores vistas de Atenas y su Acrópolis se disfrutaban desde este monte, desde el que pueden divisarse las islas de Salamina y Egina y la cuenta del Ática.

⁴ La Legión Filohelénica y los Garibaldinos fueron dos de los cuerpos francos que tomaron parte en la guerra franco-prusiana de 1870 y a favor de la independencia de Grecia contra Turquía (1870 y 1912).

nas para ir al combate, el pueblo aplaude a su paso con moderación y decencia; y desde lo alto de las casas, se deshojan sobre ellos las flores más frescas.

* * *

–Desde luego –dice Tiberge–, el gobierno contaba con que la ciudad sería asediada; y, por un instante, creímos que así era. Yo fui testigo de toda la aventura: una noche, hacia eso de las once, nos encontrábamos en la redacción del***. Pululaban por allí los mismos rostros de siempre: periodistas, diputados, muchos de los antiguos diputados. De repente, entra un reportero, afligido pero feliz, a pesar de todo, por el hecho de traernos la noticia. «Caballeros, ¡la ciudad está sitiada!» dice. Le interrogamos acerca de lo ocurrido. Al parecer, se habían avistado luces, cinco o seis, sobre el mar de Faliro. Se trataba sin duda de los acorazados turco-egipcios,¹ por lo que el asedio era efectivo. Pero la puerta se abre de nuevo y entra otro individuo que confirma la noticia, aunque esta vez las luces son diez o quince. Y no acaba aquí la cosa: el tercer mensajero eleva el número de luces percibidas sobre el mar de Faliro a veinticinco. ¿Recuerdas a los hombres de Falstaff en *Enrique IV*?² Pues entonces ya sabes de qué te hablo.

¹ Iniciada la revuelta griega de 1821, la sublevación se extendió con notoria rapidez por todo el territorio, y en 1822 la Asamblea de Epidauró proclamó la independencia, si bien, divididos por luchas internas, los sublevados no pudieron evitar que los turcos, con el apoyo de Egipto, emprendieran una rápida reconquista. Fue entonces cuando las simpatías –e intereses estratégicos– despertadas en toda Europa por Grecia y el movimiento nacionalista griego se plasmaron en el Tratado de Londres (1827), en el que Francia, Gran Bretaña y Rusia proclamaron la autonomía del país bajo la soberanía turca. La destrucción de la flota turco-egipcia en Navarino (1827) obligó al sultán a firmar el Tratado de Adrianópolis (1829), en el que se reconocía lo ya establecido en el de Londres. Poco más tarde, en 1830, sería firmado en esta misma ciudad el protocolo por el que Grecia obtendría la independencia definitiva.

² En la obra de Shakespeare, el príncipe de Gales se asocia con Oldcastle (luego llamado Falstaff) y sus compañeros Pointz, Bardolp y Peto en su vida desenfre-

»Salimos y bordeamos la verja del jardín real. La noche era clara y fresca. Llegamos a un lugar desde el que se veía el mar de Faliro. Todos los noctívagos de Atenas se nos habían adelantado. Allí, un *astyphylax*, vulgarmente llamado agente de policía, nos cuenta sus impresiones: también él había visto luces... Miramos hacia el mar con la ayuda de unos anteojos; en efecto, allí estaban las luces, vacilando en la bruma ligera de la noche. Durante unos instantes sentimos una gran angustia, pero finalmente dimos con la explicación: no eran más que luces de pescadores. Pues bien, he ahí una escena tan conmovedora como ridícula.

–Estoy de acuerdo –digo–, pero jamás me atrevería a relatarla en público.

–¿Por qué razón?

–La gente diría que me burlo de los griegos.

–¿Cómo? –exclama Tiberge–. ¿Te asusta lo que piense el vulgo inepto? La reserva no es propia de tu naturaleza, y no obtendrás ningún provecho de ella.

nada. Pointz y el príncipe hacen que sus compañeros asalten a algunos viajeros y les roben sus pertenencias, que a su vez les son sustraídas por el príncipe y Pointz. Falstaff, para justificar la pérdida del botín, pretende haber sido asaltado por cien pícaros; luego, va reduciendo paulatinamente el número de agresores, hasta que el príncipe revela cuáles han sido verdaderamente los hechos y Falstaff confiesa no haber reaccionado ante la imposibilidad de matar al heredero del trono.